

# Historiografía y teoría política

## Desprenderse de una herencia ponzoñosa: Anglofilia e hispanofobia en destacadas figuras de la historia intelectual de Chile, Uruguay y Argentina\*

Divesting from a Poisonous Inheritance: Anglophilia and Hispanophobia among Leading Figures in the Intellectual History of Chile, Uruguay, and Argentina

Recibido: 27 de octubre de 2024

Aceptado: 16 de marzo de 2026

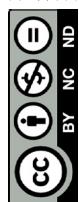
Publicado: 23 de junio de 2026

DOI: [10.22517/25392662.25716](https://doi.org/10.22517/25392662.25716)

pp. 204-226

 **Jorge Polo Blanco\***  
polo@espol.edu.ec

Licencia Creative Commons  
Atribución/Reconocimiento-  
NoComercial-SinDerivados 4.0  
Internacional — CC BY-NC-ND 4.0.



\*Este trabajo es un producto vinculado al Proyecto de Investigación Estudios críticos sobre arte, cultura y filosofía política perteneciente a la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), Guayaquil, República del Ecuador. El Proyecto está dirigido por Jorge Polo Blanco.

\*\* Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente, trabaja como profesor en la Escuela Superior Politécnica del Litoral (Guayaquil), universidad pública del Ecuador. Es director del Proyecto de Investigación "Estudios críticos sobre arte, cultura y filosofía política"



## Resumen

Las élites cultas y políticas que, durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, renegaron de la herencia hispánica – nos referimos a las élites de las repúblicas hispanoamericanas– exhibieron, al mismo tiempo, una indisimulada anglofilia. Una parte muy significativa de dichas élites se dedicó al cultivo sistemático de la hispanofobia. Sin embargo, esa actitud solía venir acompañada de una palmaria anglomanía. Algunos de estos intelectuales también expresaron su aversión hacia las poblaciones indígenas y afrodescendientes, lo cual podría calificarse como endofobia. En este artículo, el análisis se centra en el pensamiento de algunos referentes destacados de la historia intelectual de Chile, Uruguay y Argentina.

**Palabras clave:** intelectuales hispanoamericanos, Chile, Uruguay, Argentina, hispanofobia, anglofilia, endofobia, racismo.

## Abstract

The intellectual and political elites of the Spanish American republics who, during the nineteenth and early twentieth centuries, disavowed their Spanish heritage, simultaneously exhibited a marked Anglophilia. A significant segment of these elites engaged in the systematic cultivation of Hispanophobia—an attitude frequently accompanied by a manifest Anglomania. Moreover, some of these intellectuals expressed an aversion toward Indigenous and Afro-descendant populations, a phenomenon that may be characterized as endophobia. This article examines the ideas of several prominent figures in the intellectual history of Chile, Uruguay, and Argentina.

**Keywords:** Hispanic American intellectuals, Chile, Uruguay, Argentina, hispanophobia, Anglophilia, endophobia, racism.

### 1. Endofobia y automutilación

A lo largo del siglo XIX y las primeras décadas del XX, ciertas élites político-intelectuales de las jovencísimas repúblicas hispanoamericanas quisieron desespañolizar sus patrias. Imbuidas de concepciones radicalmente hispanóforas, consideraron que el único modo a través del cual esas repúblicas podían subir al tren de la «modernización» y del «progreso» consistía en una renuncia al propio pasado: zafarse, en un problemático y perturbador ejercicio de automutilación, de la herencia hispánica. Todos ellos pensaban que los modelos a seguir, para alcanzar un verdadero desarrollo material y moral, provenían del mundo anglosajón. O, en todo caso, del luminoso mundo francés. Consideraban que la herencia española constituía una monumental rémora que imposibilitaba el ingreso de las antiguas «colonias» hispanoamericanas en el verdadero flujo de la Historia; entre otros motivos, porque la propia España había quedado desbancada de dicha Historia, permaneciendo rezagada y al margen de la línea ascendente del «progreso».

Desde esas coordenadas, se entendía que la matriz hispánica era la fuente de todos los retrógrados oscurantismos. Todos los males sufridos por estas inestables repúblicas tenían que ver con la herencia española, que aún lo atravesaba todo como un miasma pútrido. Un lastre mórbido que las seguía atenazando, impidiendo su avance. Esas ideologías hispanóforas representaban un peculiarísimo caso de endofobia, esto es, de aversión hacia lo propio.

Pero hay sobradas razones para argumentar que no todo en la América española –en las provincias americanas de la Monarquía Hispánica– se redujo a un encadenamiento de crímenes y expolios, como muchos se han empeñado en sostener. No pueden ignorarse cosas tales como la infatigable fundación de cientos de ciudades, con toda su infraestructura civil; o la construcción de hospitales, colegios, imprentas y universidades que tuvo lugar en aquellos inmensos territorios. Pretender que estos elementos civilizadores –y otros muchos que podrían mencionarse– no significaron nada en América es querer desconocer la realidad de los procesos históricos.

La hispanización de América tuvo una sustanciosa dimensión constructiva. Tan es así, que todas las repúblicas hispanoamericanas emergieron a partir de la implantación de España en el continente americano. Son unidades políticas que brotaron de la estructura organizativa de aquella Monarquía Hispánica. Es decir, esas naciones hispanoamericanas proceden directamente de los Virreinos y de las Capitanías Generales. Sin embargo, muchos intelectuales, artistas y políticos de dichos países pretendieron construir una nueva nacionalidad desde coordenadas hispanóforas. Algo verdaderamente insólito, pues lo que estarían proponiendo es una suerte de huida de sí mismos. Cuando las Trece Colonias británicas de Norteamérica se separaron de Inglaterra, no pretendieron construir una nueva nacionalidad desde la anglofobia.

Pero había más herencias desdichadas y funestas, desde el punto de vista de muchos de aquellos intelectuales hispanóforos. Y es que los españoles, para mayor desgracia, se habían mezclado –agravando exponencialmente la situación– con las «salvajes» poblaciones nativas (para mayor desgracia, desde el punto de vista de los susodichos intelectuales); circunstancia que, por el contrario, nunca sucedió con la colonización anglosajona y puritana de la América nortea.

Esa América yanqui les servía como un paradigma que debía imitarse o emulado, si es que se quería alcanzar un verdadero estado de civilización<sup>1</sup>. Envidiaban ese modelo de colonización sin mestizaje, con un exterminio sistemático de las poblaciones nativas norteamericanas, de las cuales apenas quedan hoy unos escasísimos vestigios. En la América hispana, por el contrario, viven en el presente decenas de millones de indígenas «puros», si se nos permite emplear esta expresión. Por no hablar de los cientos de millones de mestizos, por cuyas venas circulan muchos elementos de sangre indígena.

Y no debe ignorarse un dato muy significativo: a comienzos del siglo XIX, poco antes de que se desencadenaran las destructivas guerras separatistas que culminaron en las inde-

1 Leopoldo Zea, *América en la historia* (Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1970), 169-171.

pendencias, la población indígena era mayoritaria en la América española. Pero lo cierto es que todos aquellos intelectuales hispanófobos solían ser muy anglófilos, y envidiaban el rutilante progreso de esa sociedad estadounidense en la que ni había indios ni había mestizos. Estas élites pensantes fueron también extremadamente francófilas, en cierto momento. París refulgía en sus corazones.

Debe tenerse en cuenta, en relación con esto último, que ese antihispanismo de muchos intelectuales criollos se alimentó de aquella truculenta imagen de España que habían fabricado los enciclopedistas del siglo XVIII. Todos los tópicos hispanófobos que habían sido propalados por aquellos escritores dieciochescos fueron absorbidos por esas élites hispanoamericanas. Dentro de este marco ideológico se consideraba que España siempre había sido cruel, codiciosa, despótica, tiránica, intolerante, fanática y oscurantista. Una nación vil e incivilizada que jamás podría entrar en la senda de la modernidad; una nación que jamás conocería el progreso moral y científico.

Todos estos elementos conformadores de la «leyenda negra antiespañola» no fueron un invento de los escritores ilustrados del XVIII; muchos de ellos ya venían fraguándose desde más atrás. Pero los flamantes ilustrados le dieron un impulso tremendo, a esa imagen monstruosa y mórbida de España. A ello contribuyeron las plumas de Montesquieu, Voltaire, Nicolas Masson de Morvilliers, Diderot y el abate Raynal<sup>2</sup>. Pues bien, esa imagen negrolégitima es la que terminó reverberando en los escritores a los que nos vamos a referir en las próximas páginas.

También debe recordarse que muchos geógrafos, naturalistas y filósofos del siglo XVI-II peroraron sobre la «degeneración» de los habitantes nativos de América, cuyo ambiente natural era dibujado asimismo como ponzoñoso. Es decir, muchos de aquellos sublimes ilustrados fueron profundamente hispanófobos y racistas, en lo que a las poblaciones amerindias se refiere. Por no hablar de su desprecio supremacista de los negros. Y esto que puede hallarse en muchos ilustrados del siglo XVIII, igualmente lo hallaremos en amplios sectores de la intelectualidad hispanoamericana del siglo XIX y de comienzos del XX.

A continuación, y para verificar todo lo antedicho, examinaremos el pensamiento destilado por algunas destacadas figuras intelectuales de Chile, Uruguay y Argentina. No podemos ampliar el espectro del análisis a otros países, pues el espacio limitado de un artículo no

---

2 Alberto G. Ibáñez, *La leyenda negra. Historia del odio a España. El relato hispanófobo externo e interno* (Córdoba: Almuzara, 2023); Sverker Arnoldsson, *Los orígenes de la Leyenda Negra española* (Sevilla: El Paseo Editorial, 2020); Ronald Hilton, *La Leyenda Negra y la Ilustración. Hispanofobia e hispanofilia en el siglo XVIII* (Sevilla: El Paseo, 2019); María Elvira Roca, *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español* (Madrid: Siruela, 2017); Stanley G. Payne, *En defensa de España. Desmontando mitos y leyendas negras* (Barcelona: Espasa, 2017); Iván Vélez, *Sobre la leyenda negra* (Madrid: Encuentro, 2014); Rafael Altamira, *La huella de España en América* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 2008); Rómulo D. Carbia, *Historia de la leyenda negra hispano-americana* (Madrid: Marcial Pons, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Hispanoamericanos, 2004); Philip W. Powell, *Árbol de odio. La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el Mundo Hispánico* (Madrid: Iris de Paz, 1991); William S. Maltby, *La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660* (México: Fondo de Cultura Económica, 1982); Julián Juderías, *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero* (Madrid: Editora Nacional, 1974); José Fuentes, *México en la hispanidad. Ensayo polémico sobre mi pueblo* (Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1949); Carlos Pereyra, *La obra de España en América* (Madrid: Aguilar, 1930).

lo permite. Pero discursos semejantes pueden encontrarse en los intelectuales de otras naciones hispanoamericanas, tal y como tuvimos ocasión de examinar en otro trabajo<sup>3</sup>.

## 2. Chile

El chileno José Victorino Lastarria (1817-1888) fue uno de los grandes paladines de ese odio a la herencia española, y sostenía sin ambages que los pueblos hispanoamericanos tenían el deber de desasirse de su influjo, renovando o superando todo aquello que aún procedía, incluso tras la independencia política, de «la tutela infecunda y aniquiladora de la España»<sup>4</sup>. El yugo político español no oprimía ya, pero sus tradiciones (esto es, la influencia brutal de su pasado) aún vivían intensamente. Y la emancipación del espíritu jamás podría alcanzarse mientras no se terminase con una «civilización española» que «reposaba sobre la base de la esclavitud del espíritu humano»<sup>5</sup>. Superstición profunda, talante sumiso, pasiones irracionales y mediocridad intelectual eran las notas más definitorias del universo cultural español, a su juicio. En ese sentido, Lastarria abundaba en el tópico del aislacionismo español; la barrera pirenaica no era solo un accidente geográfico, sino una barrera moral que mantuvo a España al margen de las fuerzas progresistas que anidaban con ímpetu en otras naciones de Europa<sup>6</sup>.

Estableciendo una comparativa entre la América anglosajona y la América hispana, Lastarria no escondía sus simpatías por los vecinos septentrionales. Señalaba, con envidia, que los colonos ingleses tuvieron que emanciparse políticamente de la metrópoli, pero una vez logrado tal propósito no tuvieron necesidad de deshacerse de la «civilización» de la madre patria; muy al contrario, tal civilización resultaba idónea para lanzar a la nueva nación norteamericana por la senda del progreso<sup>7</sup>.

Pero, en el desgraciado sur, la situación era muy diferente. En estas latitudes, una vez alcanzada la soberanía política, se imponía la necesidad apremiante de quebrar la continuidad cultural y espiritual con la metrópoli; porque esa herencia no servía, toda vez que se mostraba esencialmente refractaria al progreso. Esta América hispana estaba «irresistiblemente condenada a reaccionar contra la civilización de su madre Patria»<sup>8</sup>. En otra obra, titulada *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* (1844), condenaba sin matices toda la obra de España en América.

Pero no se trataba solamente de remarcar los horrores del pasado; el problema más acuciante consistía en que la fatídica obra de los españoles seguía produciendo efectos noci-

3 Jorge Polo, «La mala sangre tiene la culpa de todo. Hispanofobia y racismo en algunas destacadas figuras de la historia intelectual de México, El Salvador, Nicaragua, Cuba y Colombia», *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, n.º 82 (2025): 159-192.

4 José Victorino Lastarria, *La América (fragmentos)*, en *Cuadernos de cultura latinoamericana*, n.º 66 (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1979), 12.

5 Lastarria, «La América (fragmentos)», 19.

6 Lastarria, «La América (fragmentos)», 21.

7 Lastarria, «La América (fragmentos)», 24-25.

8 Lastarria, «La América (fragmentos)», 25.

vos en el presente. Un mal enquistado, del que convenía desprenderse a la mayor brevedad. Es por eso que la república chilena tenía que alejarse por completo de todo lo que apestase a España. Y lo mismo deberían hacer las otras repúblicas colindantes. Lastarria, por cierto, conoció al argentino Sarmiento (del que hablaremos después) cuando éste llegó a Chile, en 1841. El significativo encuentro de dos influyentes hispanófobos.

Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) fue un político, escritor e historiador chileno que perteneció a esa élite criolla que trabajó para construir una «identidad nacional» –permítasenos utilizar este concepto más actual– mediante un repudio más o menos verbalizado de la herencia española. Quería «vengar» el pasado, depurándolo o eliminándolo hasta donde fuera posible. Había que deshispanizar la república chilena, como si esta jovencísima nación nada tuviera que ver con la Capitanía General de Chile. Esa época en la que Chile fue una provincia española –él, como tantos otros, se refería a esa época como «colonial»– aparece caracterizada, en el discurso de Vicuña Mackenna, como un tiempo oscuro de servidumbre política.

Era una sociedad en la que el pensamiento humano estaba sometido al misticismo irracional; reinaba la ignorancia más soez. Un mundo en el que no había progreso, pues se chapoteaba en un orden social improductivo y estancado. En el presente, solo había una forma de caminar por el sendero de la civilización, y era a través de la desespañolización; o de la deshispanización, si se prefiere. Y es que el período español, de cuyas inercias heredadas había que desprenderse, solo podía tildarse de bárbaro y atrasado.

Esta hispanofobia indisimulada se conjugaba perfectamente con su fascinación parisiense. Al igual que tantos otros hispanoamericanos cultos, consideraba que París era el corazón de la vida moderna, la ciudad más sublime del mundo, el centro espiritual que encarnaba los ideales por los que todos suspiraban. Vicuña Mackenna inició su viaje a la rutilante Europa en 1853<sup>9</sup>. Pero España estaba excluida de su horizonte; de la península ibérica nada provechoso podía obtenerse. Nada valioso había en la desvencijada y tenebrosa matriz de lo hispánico.

La travesía atlántica con destino al Viejo Mundo comenzó después de haber completado un periplo por los Estados Unidos del Norte de América, nación por la que también sintió cierta admiración. Eran dignos de encomio los hijos del «antiguo sajón», en lo tocante a su descomunal energía productiva, a su infatigable fuerza de voluntad y a su inigualable inteligencia práctica, capaz de superar cualquier obstáculo<sup>10</sup>.

Pero el «yankee» –así lo escribe el propio Vicuña Mackenna– presentaba otros rasgos perturbadores. Y aquí el chileno introduce la distinción entre la forma civilizatoria característica de la «raza latina» (nótese, pues es muy significativo, que no dice «hispana») y la forma civilizatoria característica de la «raza sajona». Esta última es excesivamente materialista y

9 Marcelo Sanhueza, «El viaje a París de Domingo Faustino Sarmiento y Benjamín Vicuña Mackenna: modernidad y experiencia urbana de dos flâneurs hispanoamericanos», *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* 1, n.º 28 (2013): 203-229.

10 Benjamín Vicuña, *Páginas de mi diario durante tres años de viajes, 1853-1854-1855* (Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril, 1856), 99-100.

utilitarista; en su vida social, todo está invadido por un «mercantilismo sin freno, sin honor, sin humanidad». Y predomina una «horrible sed de dinero». Dichosamente, en la civilización «latina» opera una moral más amable, o menos despiadada<sup>11</sup>.

Sin embargo, debe apreciarse que, para Vicuña Mackenna, no es la América hispánica o la América española la que se enfrenta a esa estrepitosa América anglosajona; él se decanta más bien por lo «latino», que había sido puesto recientemente en circulación por la intelectualidad francesa y por ciertos intelectuales hispanoamericanos muy francófilos que empezaron a hablar de «América Latina». Una mutación terminológica que no fue casual o inocente, pues se enmarcaba en una estrategia conscientemente articulada que perseguía diluir o desdibujar el elemento hispánico de esta América<sup>12</sup>.

Vicuña Mackenna consideraba que la barbarie palpitaba en los indígenas; una barbarie inmodificable e incorregible, pues la llevaban incrustada en su sangre. Era muy explícito su desprecio hacia las poblaciones indígenas. Con respecto al conflicto de la Araucanía, argumentó que ese territorio debía incorporarse plenamente a la república, y los «salvajes» que en él habitaban debían ser «pacificados», del modo que fuese.

En 1868, en la Cámara de Diputados de Santiago se debatió sobre esta delicada cuestión, y Vicuña Mackenna se mostró partidario de emplear todos los medios que fueran necesarios, sin excluir los violentos. Sostuvo que esos indios son unos «brutos indomables»<sup>13</sup>. Unas bestias irredimibles, bárbaras alimañas que debían ser «civilizadas» a la fuerza; esas molestas poblaciones debían ser incesantemente hostigadas, mediante expediciones de castigo y ocupaciones de territorio. El indio solo entiende el lenguaje del terror, lo que demuestra su vil naturaleza.

La guerra ideológica contra lo hispánico (pues los españoles encarnaban una forma de oscurantismo y barbarie) se lanzaba ahora contra los indígenas, raza irremediamente salvaje. De hecho, Vicuña Mackenna recordará que en la guerra «independentista» (qué más convendría denominar «separatista») se había producido una repugnante alianza de barbaries, toda vez que muchos indígenas lucharon en el así llamado «bando realista». Convenía deshacerse de esas razas infames, y tal vez repoblar el sur de Chile con colonos europeos (pero no españoles, por supuesto). En un documento titulado *Bases del informe presentado al supremo gobierno sobre la inmigración extranjera* (1865), había sostenido que se «ha demostrado que el mejor colono posible es el alemán»<sup>14</sup>. La república chilena necesitaba un mejoramiento racial, y la sangre germánica era excelente para lograr tan loable cometido.

El chileno Francisco Bilbao (1823-1865), en una conferencia pronunciada en París en 1856, que llevaba por título *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Re-*

11 Vicuña, *Páginas de mi diario durante tres años de viajes*, 100-102.

12 Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980).

13 Benjamín Vicuña, *Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen XII. Discursos parlamentarios I. Cámara de Diputados* (Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1939), 407.

14 Benjamín Vicuña, *Bases del informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera por la comisión especial nombrada con ese objeto* (Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1865), 25.

*públicas*, se refirió a la «raza Latino-Americana»<sup>15</sup>. Lo escribió de ese modo, con guion y con mayúsculas. Bilbao apuntaba que las «mandíbulas sajonas»<sup>16</sup> ya estaban devorando pedazos de esa tierra así llamada por él «latinoamericana». El coloso del Norte, espoleado por su vigor incontenible, se abalanzaba depredadoramente sobre la América del Sur.

No obstante, el argumentario de Bilbao es incoherente. Por un lado, proclama que esa «América Latina» debe desarrollar una personalidad propia y confederarse para defenderse de las arremetidas del imperialismo estadounidense. Ahora bien, en el mismo discurso terminaba celebrando las virtudes de la raza anglosajona, puesto que a ellos les tocó la «buena» colonización. Es más, reconoce «la superioridad del Norte»<sup>17</sup>. Por eso la sangre de los yanquis es fuerte, y su espíritu político es encomiable (aunque nada dice del exterminio indígena perpetrado con eficacia y sistematicidad por aquellos magníficos colonos).

Mostrando un notable complejo de inferioridad, Bilbao no escondía la envidia que le producía esa flamante raza anglosajona. Por el contrario, a los americanos del Sur les tocó la mala colonización, la perpetrada por aquellos tenebrosos y fanáticos españoles que solo trajeron crueldad y dolor a las tierras americanas<sup>18</sup>. Bilbao lanza una propuesta de unión de las repúblicas «latinoamericanas», pero al mismo tiempo siente aversión por la realidad material de dichas repúblicas, toda vez que esa realidad es imborrablemente hispánica.

También se lamenta de que a los «latinoamericanos» les tocara en suerte el catolicismo, mientras que a la América del Norte le cupo la fortuna de acoger a los «héroes de la Reforma»<sup>19</sup>. Entendía que los del Norte tuvieron la inmensa dicha de recibir una luminosa modernidad, mientras que los del Sur tuvieron que conformarse con una civilización retrógrada y oscurantista. Bilbao sucumbe a las mitologías negrolegendarias, desconociendo la modernidad de la filosofía política española de los siglos XVI y XVII, e ignorando la visión teocrática y medievalizante de Lutero.

Desde tales premisas, fundamentadas en un inocultable autodesprecio, el escritor chileno proponía una suerte de deshispanización como único remedio para que la «América Latina» entrase en el buen camino. Entendía que la solución para la América hispana consistía en dejar de ser hispana. Y no sería el único en hacerlo, ciertamente. Extraña «solución» la que se propone desde tales coordenadas, pues consiste en una autodisolución. Es decir, siente envidia de la raza anglosajona, y por ello quiere parecerse a los que él mismo ha designado como enemigos. Y no deja de ser llamativo que Francisco Bilbao exponga estas ideas manejando un correctísimo español, que es su lengua materna, a su pesar.

El catolicismo hispano, señalaba Bilbao en *La América en peligro* (1862), suponía una rémora casi insalvable para el avance y la consolidación de todos los principios vinculados a la libertad republicana. En *El evangelio americano* (1864) esta destacadísima figura del pa-

15 Francisco Bilbao, *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas* (París: Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann, 1856), 11.

16 Bilbao, *Iniciativa de la América...*, 11.

17 Bilbao, *Iniciativa de la América...*, 17.

18 Bilbao, *Iniciativa de la América...*, 18.

19 Bilbao, *Iniciativa de la América...*, 17.

norama intelectual hispanoamericano del XIX abundará en las mismas ideas. Con la odiosa España llegó a América la depravación, el sometimiento y el «genio de la intolerancia exterminadora»; con los ingleses llegó la libertad, el trabajo y el pensamiento.

La única solución para estas desafortunadas repúblicas consistía en «desespañolizarse»<sup>20</sup>. La hispanofobia de Bilbao es intensísima. «La raza española es inferior en inteligencia a las razas europeas»<sup>21</sup>. No deja de causar asombro que un hispanoamericano pueda ser capaz de escribir tales cosas. Hay algo que se aproxima a lo patológico, en esa manía de escupir a los propios padres y a los propios abuelos. Es perturbador comprobar hasta dónde puede llegar el autodesprecio. Y todo el argumentario se sostiene en las falsedades de la leyenda negra.

Decía que la obra de España en América fue un terror despótico y fanático que se prolongó durante siglos; una monstruosidad sin parangón en la historia del mundo. Eso a lo que llaman «civilización española» fue una «espantosa acumulación de crímenes»<sup>22</sup>. En vistas de lo cual, la obra de desespañolización no podía limitarse a una abolición de las leyes e instituciones heredadas del periodo «colonial». Bilbao entendía que esa «desespañolización exterior» era insuficiente<sup>23</sup>. La independencia política se quedaba muy corta.

Debían eliminarse los vestigios españoles en todas las dimensiones de la vida americana; debían purgarse y depurarse todos los elementos hispánicos que subsistían en los hábitos sociales, en las costumbres, en las creencias y en la enseñanza. Mientras no se completase ese proceso de deshispanización, la retrógrada y abominable España no se habría marchado completamente de América. «La desespañolización del alma es pues lo principal»<sup>24</sup>.

Ahora bien, ya hemos comprobado que el egregio chileno consideraba que la «raza española» es inferior a las razas europeas. Por lo tanto, de lo que se estaba lamentando no era ya solo de la execrable civilización hispánica, de la que desgraciadamente formaban parte los chilenos. Se lamentaba también de la mala sangre que corría por las venas de los chilenos y de todos los hispanoamericanos. Hubiese preferido, sin lugar a dudas, que por su organismo corriesen unos buenos litros de sangre anglosajona.

¿Y qué visión tenía de los indígenas? Con respecto a este asunto se movía en una cierta ambigüedad. En su escrito *Los araucanos* señalaba que no es sencillo elaborar una «clasificación de las razas humanas»<sup>25</sup>. La cosa tenía su complejidad, al parecer. Y se preguntaba, movido por esa inquietud, en qué rango se ubicaba la «raza araucana». Francisco Bilbao afirmaba, con exquisita clarividencia etnológica, que el araucano es una criatura indómita, brava y montaraz. «No domina en él la inteligencia»<sup>26</sup>. Era una forma muy diplomática de adjudicarles una menguada capacidad de raciocinio.

20 Francisco Bilbao, *El evangelio americano* (Buenos Aires: Imprenta de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, 1864), 38.

21 Bilbao, *El evangelio americano*, 46.

22 Bilbao, *El evangelio americano*, 72.

23 Bilbao, *El evangelio americano*, 88.

24 Bilbao, *El evangelio americano*, 89.

25 Francisco Bilbao, «Los araucanos», en *Obras completas*, tomo I (Buenos Aires: Imprenta de Buenos Aires, 1866), 316.

26 Bilbao, «Los araucanos», 317.

Aunque alguna cosa buena cree descubrir en la vida de esos bárbaros. «Se ve entre ellos una política y urbanidad que sorprende en los salvajes»<sup>27</sup>. Pero son, por lo general, temiblemente feroces. Bilbao no deja de admirar esas cualidades guerreras. Son indomables, esos belicosos araucanos. Sin embargo, es un elogio un tanto denigrante, pues en realidad en esta descripción aparecen categorizados como una raza esencialmente violenta e irracional; por eso dice de ellos que «el furor los domina, el desprecio de la muerte iguala a la tenacidad con que matan»<sup>28</sup>. Y, en última instancia, consideraba que esos «salvajes» que pululaban al sur de la república difícilmente podrían alcanzar un desarrollo civilizatorio lo suficientemente elevado como para formar parte de una sociedad moderna y avanzada.

Podía concluirse, a tenor de todo lo dicho, que «los chilenos de la frontera son un anillo entre la civilización y los araucanos»<sup>29</sup>. La pregunta que cabría plantearle a Bilbao es si consideraba que esa presunta incapacidad de los araucanos para entrar en una civilización superior tenía que ver con su idiosincrasia racial, siendo así que la naturaleza de esos salvajes sería absolutamente impermeable a cualquier aprendizaje civilizatorio, o si por el contrario consideraba que su estado de salvajismo era en todo caso un modo de vida del que perfectamente podrían salir a través de una educación adecuada, pues no habría nada en su «raza» que lo impidiera.

Todo hace pensar que Bilbao se decantaba por la primera opción de las dos que acabamos de plantear. Hay algunos pasajes que así lo demuestran<sup>30</sup>. Esto es, todo hace pensar que concebía ese salvajismo de los araucanos como algo incorregible, por ser una expresión de su naturaleza congénita; todo hace pensar que los juzgaba como una raza ineducable. Y eso lo aproximaba mucho al racismo, aunque éste no apareciese formulado de una manera cruda y explícita.

### 3. Uruguay

La figura de Carlos Reyles (1868-1938) destaca en el panorama intelectual uruguayo. Es relevante su ensayo *La muerte del cisne* (1910), planteado desde las coordenadas de un vitalismo nietzscheano ensamblado con el evolucionismo spenceriano y el darwinismo social. Considera que existen pueblos fuertes, saludables, energéticos, viriles, rebosantes, pletóricos, poderosos, vigorosos, briosos, excitados, rugientes y robustos. Ellos son los que vencen, en la «lucha por la vida».

Y a su lado aparecen pueblos fatigados, abúlicos, anémicos, frágiles, apocados, flojos, apagados y exánimes. Estos son los pueblos condenados a la derrota, e incluso a la desaparición. Porque todo, en la Historia, es una cuestión de fuerza. La vida es, en su esencia más íntima, una pelea descarnada y un combate despiadado. Existir es luchar. La vida es voluntad de poder y nada más. El nervio del mundo es la batalla inmisericorde. El instinto de dominación

27 Bilbao, «Los araucanos», 321.

28 Bilbao, «Los araucanos», 321.

29 Bilbao, «Los araucanos», 342-343.

30 Bilbao, «Los araucanos», 171.

palpita inherentemente en cualquier criatura viva. Los hombres y los pueblos no escapan a esa ineluctable ley natural. Es justo que prevalezca el fuerte, y el único derecho legítimo es el que establece el vencedor. Oponerse a esto no es más que un pueril sentimentalismo<sup>31</sup>.

Partiendo de esas nociones filosóficas, Carlos Reyles señala que prefiere, con mucho, a los hombres y a los pueblos «francamente egoístas y utilitarios»<sup>32</sup>. Porque el egoísmo es un síntoma de fuerza. Y, al comparar las dos Américas, manifiesta su predilección por la América anglosajona y protestante, porque aquellos puritanos supieron desplegar una visión del mundo utilitarista y, a partir de ella, supieron construir con laboriosidad y determinación un mundo próspero.

En Angloamérica cristalizó una civilización rebosante de energía, y en ella surgieron las más bellas y pragmáticas floraciones de la inteligencia humana<sup>33</sup>. La América hispánica, por el contrario, languidece en una posición de inferioridad. En esas «repúblicas de cepa española» la cosa pública no funciona, a pesar de la idolatría de las leyes que en ellas se da. Mucha palabrería vacía y demasiados idealismos inoperantes. En esas malhadadas tierras hispanoamericanas se despliega una vida sin nervio ni grandeza<sup>34</sup>.

La anglofilia de Carlos Reyles es patente. «El resultado es la inmensa superioridad, no solo económica, sino moral e intelectual de los yanquis»<sup>35</sup>. Esos angloamericanos han asombrado al mundo con su inteligencia práctica y con la exhibición de un poderío atronador. Desplegando fuerzas descomunales, se adueñan de todo lo que les resulta provechoso. Una vida pujante que quiere enseñorearse; un mundo pletórico que sabe crecer. Es la América triunfante y viril. Por el contrario, la América hispana se arrastra en una vida disminuida y miserable. Envueltos en grandilocuentes retóricas, no son capaces de salir de la pobreza. Sus energías se han ido agotando irremisiblemente.

Ya los primeros españoles que hollaron el suelo americano, orgullosos y fanáticos, se mostraron incapaces de dirigir sus voluntades por el camino de la utilidad, demostrando una gran torpeza para los asuntos económicos. Sus herederos siguen mostrando esa misma impericia. Pero la América española tampoco ha dado grandes filósofos, estadistas, científicos, poetas o artistas, como sí los ha dado la América anglosajona<sup>36</sup>.

Todo es corrupción paralizante, en las sociedades hispanoamericanas del presente; es palmaria su incapacidad para las acciones útiles. Se hunden cada vez más en la impotencia. Los descendientes de aquella España orgullosa, fanática y religiosa chapotean en el lodazal de la ineptitud. Exangües y fracasados, esos pueblos no pueden defenderse de los poderosos mercaderes que vienen a despojarles<sup>37</sup>.

31 Carlos Reyles, *La muerte del cisne* (París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorff, 1914), 17-54.

32 Reyles, *La muerte del cisne*, 181.

33 Reyles, *La muerte del cisne*, 182.

34 Reyles, *La muerte del cisne*, 183.

35 Reyles, *La muerte del cisne*, 183.

36 Reyles, *La muerte del cisne*, 183.

37 Reyles, *La muerte del cisne*, 184-185.

La América anglosajona es un organismo que crece y se expande; la América hispana es un organismo declinante y agotado que se marchita. Es la lucha por la vida. Los vencedores y los derrotados. Y eso no se puede modificar con declamaciones lloriqueantes. Uno no puede sino reconocer lo evidente, admitiendo la superioridad de los triunfadores. Y sucede algo, con todo esto, y es que Carlos Reyles no terminaba de comprender que el Imperio español fue, durante tres siglos, triunfador y exitoso. La Monarquía Hispánica fue un coloso tricontinental, que dominó las rutas oceánicas y que administró gigantescos territorios, cuando la gloriosa «raza anglosajona» a duras penas había salido de su isla. Y, de hecho, en el siglo XVIII las ciudades de la América española eran más grandes y prósperas que las ciudades de la América anglosajona.

Sea como fuere, bien puede decirse que el narrador y ensayista uruguayo incurrió en un autodesprecio de lo propio, esa triste endofobia de la que hemos venido hablando a lo largo de las últimas páginas. Es verdad que no se refiere explícitamente a la mala sangre de los hispanoamericanos, en un sentido explícitamente racista. No lo hace, al menos, en este ensayo. No hay un desprecio declarado de los indígenas, aunque es de presuponer, si nos atenemos a sus postulados filosóficos, que no serían muy alegres sus opiniones sobre ellos. Los consideraría, con toda seguridad, unos pueblos débiles y unas razas fracasadas, que la Historia habría «seleccionado» para su desaparición a manos de los más fuertes. La que sí es patente y declarada es su hispanofobia.

Para Carlos Reyles, por lo tanto, Hispanoamérica era una región menguante, mórbida y decadente. La América anglosajona, con su amor a la riqueza material, con su poderío comercial y, en definitiva, con su filosofía utilitarista, representa el paradigma de la fuerza victoriosa. Los estadounidenses son la vida triunfante, la vida endurecida y excitada que logra imponerse. En ese sentido, esta obra de Reyles es la antítesis de *Ariel*, el célebre ensayo de otro destacado uruguayo, José Enrique Rodó, que había defendido con orgullo los valores del mundo hispanoamericano frente al desalmado pragmatismo de los yanquis. También en su novela *La raza de Caín* (1900) había resaltado Reyles la energía desbordante, el espíritu práctico y el carácter laborioso de los anglosajones<sup>38</sup>. En la narración se alude subrepticamente a la superioridad de los anglosajones, con respecto a los hispanoamericanos<sup>39</sup>.

Todo ello contrastaba fuertemente, como ya se ha dicho, con las ideas que había sostenido el célebre escritor uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), que había publicado en 1900 su influyente *Ariel*. En ella, consideraba que las naciones de Hispanoamérica estaban excesivamente fascinadas por los Estados Unidos del Norte de América; él lo denominó «nordomanía», un término enormemente expresivo<sup>40</sup>. Semejante inclinación afectaba lo mismo a las élites que a buena parte de las capas populares. La anglofilia restallaba con fuerza en el horizonte de las naciones hispanas. Ya a lo largo de todo el siglo XIX había tenido una considerable incidencia. Rodó dio cuenta de esa obnubilación que producía el «Norte Anglosajón» en buena parte de los hispanoamericanos.

38 Carlos Reyles, *La raza de Caín* (Montevideo: Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, 1900).

39 Joan Torres, «Latinos y anglosajones, una polémica de fin de siglo en *La raza de Caín* de Carlos Reyles», *Siglo Diecinueve. Literatura Hispánica*, n.º 23 (2017): 79-92.

40 José Enrique Rodó, *Ariel* (Madrid: Alba, 1985), 94.

Rodó temía que la América hispana perdiese su idiosincrasia, a consecuencia de una emulación acrítica de todo lo estadounidense. Desde esas coordenadas, escribió unas significativas palabras. «Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así o, mejor, siempre lo he sentido así»<sup>41</sup>. Esto lo decía el escritor uruguayo en 1905.

#### 4. Argentina

Muy alejados de las coordenadas del uruguayo José Enrique Rodó estuvieron los intelectuales argentinos que examinaremos a continuación, todos ellos preocupados –e incluso obsesionados– por el asunto de la «cuestión racial»<sup>42</sup>. Si esta América es «semibárbara», decía José Esteban Echeverría (1805-1851), se debe a que en ese lamentable estado la dejó España. Y es por ello que el escritor y poeta argentino proclamaba la impostergable necesidad de renunciar a todo su legado incivilizado. La verdadera emancipación solo podría lograrse «repudiando» –utilizaba esta palabra– la herencia española; era menester construir una sociabilidad diferente, una mentalidad radicalmente nueva.

Cuando la inteligencia americana se haya puesto al nivel de la inteligencia europea, brillará el sol de la verdadera emancipación. Pero nótese que, cuando Echeverría habla de «inteligencia europea», está excluyendo a España de esa categoría. De hecho, las independencias quebraron la asfixiante membrana hispánica, dentro de la cual malvivían enclaustrados los pobres americanos, y por primera vez entraron en América las refrescantes y progresivas ideas de la «Europa civilizada» (de la que no formaba parte España). Consideraba Echeverría que España era la nación más atrasada de aquel mundo europeo. Una nación fanática e inquisitorial, encastillada en la Edad Media; una nación enemiga del progreso, que había sido refractaria a las excelencias del Renacimiento y de la Reforma. ¿Qué podían esperar los americanos de esa España decrepita y degenerada, si nada tenía siquiera para sí, estancada como estaba en un lodazal de ignorancia y oscurantismo? La retrógrada España nada tenía que ofrecer, ni en las artes ni en las ciencias.

La hispanofobia de Echeverría era beligerante y extrema, como puede observarse; maneó todos los tópicos infundados de la leyenda negra antiespañola. Consideraba que España estaba al margen de la verdadera civilización, y no era más que un monstruo perezoso que sobrevivía parasitando y explotando a esa América a la que mantenía avasallada y embrutecida. Veía el pasado hispánico como una losa lúgubre y opresiva. Nada bueno había en ese legado fatídico.

La independencia política de nada servirá, mientras no se erradiquen las tradiciones españolas. La verdadera emancipación solamente será posible mediante una completa deshis-

41 José Enrique Rodó, *El mirador de Próspero* (Montevideo: José María Serrano Editor, 1913), 290-291.

42 Ana Grondona, «Cuestión racial y sociología argentina: Sarmiento, Ayarragaray, Bunge e Ingenieros frente a Germani. Aportes en clave genealógica de cara al sur», *De prácticas y discursos. Cuadernos de ciencias sociales* 8, n.º 12 (2019): 3-32.

panización de las costumbres. Es urgente instituir una nueva moralidad pública desvinculada de la perniciosa herencia hispánica. El espíritu progresivo, la razón y la libertad, solo se abrirán paso, para levantar un futuro rutilante, si se erradica de la vida pública toda huella de la tenebrosa España<sup>43</sup>.

Juan Bautista Alberdi (1810-1884), en su ensayo *Acción de la Europa en América* (1845), le «concedía» a España una primera y necesaria labor civilizadora, toda vez que había domeñado –al menos hasta cierto punto– a los bárbaros nativos. En este escrito sí admitía que España trajo a la salvaje América componentes civilizatorios decisivos: el derecho, una lengua culta, muchos saberes científicos, una bella arquitectura. Llega a decir que los americanos han sido injustos en muchas ocasiones, por no reconocerle a España esa importantísima labor civilizadora. Pero lo español ha envejecido mal; se ha quedado atrás. Nada más puede extraerse de la semilla hispánica, pues ya dio todo lo que podía dar. Se requieren nuevos maestros de civilización, que no son otros que Inglaterra y Francia<sup>44</sup>.

Lo hispánico empezó a entenderse como un elemento letárgico y tóxico. Porque, en realidad, no fue la española una verdadera civilización. Todo lo que de civilizado hay en suelo americano procede de Europa, sentenciaba el ínclito argentino. Ahora bien, España encarnaba una Europa teocrática y retrógrada que debía superarse. España era la Europa mala, podría decirse; era la peor Europa. También cabría formularlo del siguiente modo: todo lo que es civilizado es europeo, pero no todo lo europeo es civilizado. La buena Europa estaba representada por Inglaterra y por Francia, fundamentalmente. Y es esa luminosa Europa, modernizadora y progresiva, la que habría de ayudarnos a los pobres americanos en esa perentoria tarea de eliminar la herencia hispana. Lo español suponía, en el presente, un lastre. Lo hispánico es sinónimo de atraso; es sinónimo de atrofia.

La anglofilia de Alberdi era explícita y declarada<sup>45</sup>. De hecho, aseveraba muy resueltamente que, sin la cooperación de la raza anglosajona, sería imposible alcanzar la libertad política y el progreso económico. No se puede construir una república progresiva y civilizada con millones de indígenas y con millones de católicos. Ni tan siquiera se podría lograr con la llegada de millones de españoles peninsulares, porque el español de pura cepa es también una criatura inútil e incapaz. Los españoles siempre fueron perezosos y despreciadores del trabajo. La moral hispánica, que persiste tras la independencia como una maldición insidiosa de la que no es posible zafarse, está reñida con la productividad y con las ciencias útiles.

He ahí la miserable composición racial de la Argentina y de la América hispana. Estamos constituidos por la peor sangre de Europa –la sangre española– y por la primitiva sangre de los indios. Con esa deleznable población, no había mucho que hacer. Era perentorio transformar la composición étnica de la patria. Era necesario, en definitiva, inyectar mucha sangre anglosajona en nuestro suelo. Solo los anglosajones están plenamente identificados con el vapor, con el comercio y con la libertad, y nos será imposible establecer estas cosas en

43 Esteban Echeverría, *Dogma socialista de la Asociación Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37* (Montevideo: Imprenta del Nacional, 1846).

44 Juan Bautista Alberdi, *Acción de la Europa en América* (Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1845).

45 José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, vol. II (Buenos Aires: Editorial Futuro, 1961), 335-357.

nuestra patria sin la intervención activa de esa maravillosa raza. Tales cosas las dijo Alberdi en *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (la primera edición se publicó en 1852), un documento que sintetiza algunos de los aspectos esenciales de su pensamiento<sup>46</sup>.

También Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) exhibió en todo momento un pensamiento estruendosamente anglófilo. Tan es así, que llegó a lamentar el fracaso de las invasiones británicas de Buenos Aires en 1806 y 1807. Y sostuvo que eran los Estados Unidos de Norteamérica los que debían servir de modelo a las naciones hispanoamericanas. La América del Sur se puede quedar atrás; se puede quedar al margen de la «civilización moderna». No debemos criticar a los Estados Unidos; no debemos odiar a la gran potencia. Más bien debemos aproximarnos a ellos; debemos parecerlos a ellos. «Seamos Estados Unidos»<sup>47</sup>. Hablará con placer, en cierto momento, de la «desespañolización» de Buenos Aires, siendo así que desespañolizar equivale en su discurso a «europeizar»<sup>48</sup>.

En ese sentido, la buena Europa –selecto club del que está excluido España– puede ofrecer cosas muy positivas. Pero el verdadero ejemplo a seguir son los estadounidenses. Su viaje a la nación yanqui, en 1847, fue determinante en la configuración de sus planteamientos<sup>49</sup>. Salió de allí en un estado de excitación. Muchos preferían odiar al gigante del Norte, aunque mejor sería que emulasen su grandeza.

Pero deben escucharse con atención las razones que ofrece a la hora de justificar esa fascinación, y es que el pensador argentino tenía muy claro que el principal motivo de un éxito tan rotundo estribaba en el hecho de que los anglosajones no admitieron a las razas indígenas en el orden político de aquella Nueva Inglaterra, ni se mezclaron con las poblaciones nativas. Algo muy distinto a lo que hizo España, que al conquistar e hispanizar América se mezcló sin freno con razas prehistóricas y abyectas. Todo lo cual era un horror, a ojos de Sarmiento. Con su advenimiento se empezaría a remediar el mal causado por los españoles, que cometieron la repugnante insensatez de mezclarse con razas inferiores, es decir, con las razas amerindias. Y después llegaron los negros a América, siendo así que las cosas se enfangaron todavía más.

Con semejante mezcolanza étnica, que ha dado lugar a una masa humana degenerada, es imposible que las repúblicas de esta América se organicen de una manera racional y progresiva; el buen gobierno y el desarrollo económico son casi imposibles, con semejante batiburrillo de sangres. Sangre de español, que es la peor de las sangres europeas (pues en ella hay demasiados elementos africanos), profusamente mezclada con las razas serviles, esto es, con las razas negras y amerindias. Si la América anglosajona es próspera y civilizada, se debe a que en aquellas tierras los colonos tuvieron la encomiable prudencia de no mezclarse con las razas salvajes.

46 Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915), 216.

47 Domingo Faustino Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América* (Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915), 456.

48 Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie* (Madrid: Editora Nacional, 1975), 178.

49 Romina Abigail España, «En búsqueda de la utopía nacional. Representaciones de Estados Unidos en los libros de viajes de Domingo Faustino Sarmiento y Justo Sierra O'Reilly», *Historia Mexicana* 72, n.º 4 (2023): 1817-1856.

El argentino Carlos Octavio Bunge (1875-1918) ofreció en *Nuestra América* (1903) reflexiones muy similares. Desde coordenadas abiertamente hispanóforas y racistas, sostuvo que el horrendo mestizaje generó una composición étnica abyecta; y es en ese sustrato o sedimento «hispano-indígena-africano» en donde debemos buscar las raíces profundas de la decadencia y del atraso de las repúblicas hispanoamericanas<sup>50</sup>.

Otra importantísima figura de la historia intelectual argentina que defendió tesis rabiamente hispanóforas y, al mismo tiempo, crudamente racistas, fue José Ingenieros (1877-1925). Pensaba que se debía corregir o depurar lo hispano-indígena. Se requería de una buena inmigración y millones de litros de buena sangre blanca, entendiendo por tal la sangre anglosajona o nórdica. La sangre española no servía; de hecho, la sangre española ya estaba en América desde hacía siglos, mezclada con la sangre negra y con la sangre india. Y esa mezcla fue una calamidad, de la que aún éramos víctimas en el presente, toda vez que esa mala sangre era la causa de todas las desdichas actuales. Eso pensaba José Ingenieros. Y su enjuiciamiento de los negros era atroz. Los consideraba inferiores desde un punto de vista biológico, asegurando que están más próximos a los monos que a los blancos<sup>51</sup>. Tampoco puede ignorarse, en este contexto, la obra del argentino Agustín Álvarez (1857-1914). En su trabajo *Manual de patología política* (1899) figuran muchas páginas hispanóforas. Y, como buen discípulo de Sarmiento, esa hispanofobia se acompañaba con una inocultable anglofilia<sup>52</sup>.

Un autor menos conocido fuera de la Argentina es Lucas Ayarragaray (1861-1944), y es por ese motivo que le dedicaremos más espacio. Fue un médico, historiador, político y diplomático argentino que publicó una obra corrosiva contra el mestizaje, pues a su juicio todos los males de la Argentina procedían de él. Publicada en 1904, llevaba por título *La anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes nacionales*. Pretendía demostrar que la execrable mentalidad predominante en el país tenía que ver con la funesta mezcla de razas que se había dado en los siglos precedentes.

De la fusión de españoles, indios y negros había emergido el deleznable mestizo, esa fastidiosa rémora que bloqueaba el progreso de la nación. Los males políticos de la Argentina se derivaban de esa constitución racial fallida. Cuando nació la república, la población era un mejunje multiétnico, una masa bastardeada y atrasada; esa herencia calamitosa la dejó la tenebrosa sociedad «colonial». Los instintos de esa muchedumbre mestizada eran incompatibles con la moderna mentalidad liberal. Y es que el mestizo es una criatura degenerada e inmoral. Una de las conclusiones más importantes a las que llega este sabio es que son las «deficiencias antropológicas de la población argentina» las que explican la «barbarie política» del presente<sup>53</sup>. La incapacidad cívica de los argentinos procede, en última instancia, de su mala constitución racial; de su mala sangre mezclada.

50 Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América. Ensayo de psicología social* (Buenos Aires: Casa Vaccaro, 1918), 118.

51 José Ingenieros, «La formación de una raza argentina», en *Sociología argentina* (Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., 1918), 427-460; José Ingenieros, «Las razas inferiores», en *Crónicas de viaje* (Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía., 1919), 161-172.

52 Agustín Álvarez, *Manual de patología política* (Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser, 1899).

53 Lucas Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes nacionales* (Buenos Aires: Félix Lajouane y Cía. Editores, 1904), 295.

Ayarragaray se movió en las coordenadas del determinismo racial. Asumía que la psicología o la mentalidad de un grupo viene prefigurada por su ascendencia étnica. Con respecto a los españoles, insistía en su carácter feudal; en su mentalidad fanática. Eran semibárbaros, en definitiva. Descargó todo el argumentario de la leyenda negra antiespañola, en las primeras páginas de su estudio. El período «colonial» –así lo denominaba– dejó una huella indeleble en el carácter de los argentinos; las «primordiales propensiones» del «genio político castellano» todavía palpitan en los estratos más profundos e íntimos del argentino<sup>54</sup>. Lo español no se había borrado, después de la independencia.

Nótese que Ayarragaray dice todas estas cosas con un profundo pesar. Porque aquellos españoles –cuyo carácter y mentalidad todavía permanecen incrustados en la población argentina– fueron autoritarios, despóticos, militaristas, levantiscos, negligentes, anárquicos y violentos. Despreciaban el trabajo como una actividad vil. Eran dogmáticos e intransigentes. Solo fueron capaces de levantar un régimen absolutista y teocrático en el que predominaban la ignorancia y el fanatismo. Aquellos españoles vivían cómodamente en la corrupción moral y en la indigencia intelectual. Pero eran fieros a la hora de imponer su inmunda concepción del mundo. Lo trágico es que todos esos hábitos y todas esas ideas no desaparecieron del todo, cuando la tiranía colonial dejó de existir. Lo hispánico sigue palpitando en la psique y en la conducta de los argentinos.

Las «raíces castellanas» no se han eliminado, y «retoñan» una y otra vez<sup>55</sup>. Lo español aún vive en las fibras instintivas de la población argentina, y eso es un problema gravísimo. «¿Qué capacidades podían surgir del seno de este cúmulo de deficiencias primordiales, para una vida política superior?»<sup>56</sup>. Y esas deficiencias heredadas de los españoles no se van a modificar fácilmente, pues están adheridas como un pegajoso tumor al ser profundo de los argentinos. «Y para contrarrestar las perversiones congénitas, suscitadas en América por estas influencias originarias, carecía el ambiente de los elementos más rudimentarios. Apenas si ligeros soplos del espíritu extranjero penetraban en el vetusto torreón colonial»<sup>57</sup>.

Los pobres americanos, herméticamente enclaustrados por el yugo español, no podían desentumecerse con los refrescantes vientos que procedían de otros lugares más afortunados y civilizados. Incluso después de la independencia, la sangre española siguió emponzoñándolo todo. Permanece aún la savia funesta de aquel oscuro tronco español del que procede nuestro linaje. Ésa es la conclusión a la que llega Ayarragaray. Pero cuando aquellos españoles se mezclaron con razas inferiores, la cosa empeoró todavía más. Y es que, «al encastar con elementos inferiores», la raza conquistadora «alteró desde el origen nuestra complejión cerebral»<sup>58</sup>. Pueden haberse transformado, con la «revolución emancipadora», ciertos aspectos externos en las instituciones y en las leyes, pero se conservan los hábitos que están arraigados

54 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo*..., 2.

55 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo*..., 18.

56 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo*..., 10.

57 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo*..., 11.

58 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo*..., 206.

en ciertas «disposiciones étnicas» hereditarias<sup>59</sup>. En nuestro desdichado suelo «persistió el espíritu indígena-castellano»<sup>60</sup>. ¡Terrible mezclanza, de la que nada bueno podía surgir!

Estas malhadadas tierras tuvieron que conformarse con la nefasta «complejión política hispana»<sup>61</sup>. Y, desafortunadamente, esa herencia pervive en el presente, incidiendo en demoniadamente en la desorganización de la nación, en su incapacidad para modernizarse. Afirma que aquella «civilización española» no podía trasladar ningún espíritu público honrado –ninguna disciplina cívica loable– a estas lejanas comarcas, pues las trataba como a meras «factorías»<sup>62</sup>.

Esto último es una descabellada inexactitud. Es absolutamente falso que España, o la Monarquía Hispánica, considerase y tratase a América como si fuera nada más que una gigantesca factoría. De hecho, él mismo emplea la expresión «civilización española». Pues bien, si es una civilización lo que se construyó en América, entonces aquello no podía ser una mera factoría. Sea como fuere, lo que Ayarragaray sostenía es que en la psicología profunda de los argentinos permanecían arraigadas las malas tendencias de la mentalidad española. Ése es el origen último del «analfabetismo cívico argentino»<sup>63</sup>.

En una obra posterior dirá que la mala sangre española ya venía bastardeada de la península ibérica, pues había absorbido fatalmente demasiados elementos «moros»; los castellanos se cruzaron racialmente con esas gentes africanas, y adoptaron muchos de sus rasgos morales, siendo así que su conquista de las Indias tuvo un «carácter semi-árabe»<sup>64</sup>. De ahí provenía, en buena medida, la intransigencia fanática española, su proverbial intolerancia. Los andaluces tenían una sangre demasiado «semítica», decía. Y añade Ayarragaray en esa misma página que los mejores peninsulares que llegaron a América fueron los de «origen vascongado», porque ellos fueron los que menos se mezclaron con los aborígenes americanos; es decir, ellos fueron los que menos ensuciaron su sangre, pues eran firmemente partidarios de conservar la pureza racial<sup>65</sup>. Pareciera que el ilustre argentino estuviese presumiendo de apellido y de linaje.

Ayarragaray cifraba la regeneración de la nación en el «cruzamiento» de la población bastardeada con otras «razas superiores» más excelsas, para fijar por herencia los maravillosos rasgos de esas buenas razas<sup>66</sup>. Lo que propone es limpiar la sangre de los argentinos, depurándola de indeseables elementos atávicos. La raza debe ser mejorada. La nación argentina necesita sangre fresca. La solución pasa por realizar una sustitución étnica, pues solo así podremos «salvarnos de nosotros mismos»<sup>67</sup>.

59 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 19.

60 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 19.

61 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 11.

62 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 11.

63 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 21.

64 Lucas Ayarragaray, *La Iglesia en América y la dominación española* (Buenos Aires: J. Lajouane & Cía., Editores Librería Nacional, 1920), 31.

65 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 279-280.

66 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 292.

67 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 20.

Porque el mal circula por nuestras venas; es nuestra sangre emponzoñada la causa de todas nuestras desgracias. He ahí la conclusión a la que llega este alucinado argentino. Y mientras no se solucione ese problema racial con un adecuado repoblamiento, de nada servirán los bienintencionados intentos de trasladar a Sudamérica las sabias instituciones ideadas por Montesquieu o Rousseau<sup>68</sup>. Los encomiables esfuerzos legislativos serán inútiles, mientras sigan siendo mayoritarias las multitudes bárbaras; mientras predomine la masa mestiza en el interior de la nación –la «gauchocracia»– y en los suburbios<sup>69</sup>.

La «incapacidad política» de los argentinos se explica principalmente por «la mestización de las razas conquistadora e indígena»<sup>70</sup>. Esa incapacidad cívica es, en definitiva, «un problema de psicología biológica»<sup>71</sup>. Negros, mulatos, «indígenas puros» y mestizos pululaban por el territorio del Virreinato; recuérdese que Ayarragaray lo llamaba erróneamente «colonia». Sea como fuere, esas razas se mezclaron profusamente, mientras aquello fue territorio hispánico, gestándose de ese modo una terrible realidad demográfica, pues de todo ello solo podía brotar una «población inferior y bastarda»<sup>72</sup>. Dicha inferioridad saltaba a la vista en «la forma del cráneo», en «la coloración de la piel» y en «la inconsistencia de sus caracteres morales e intelectuales». Eran muchos, en definitiva, «los signos acusadores del abolengo africano o indígena»<sup>73</sup>.

En el presente, esos estigmas psíquicos y somáticos han ido desapareciendo paulatinamente; pero aún persisten, sobre todo los psíquicos. El blanqueamiento aún está muy lejos de haberse completado. Incluso muchos individuos «que se tienen por puros» conservan en su interior «signos evidentes de hibridismo»<sup>74</sup>. Todavía no se ha zafado la república de su «mala composición étnica»<sup>75</sup>. El mestizo sigue ahí, insidiosamente, con su idiosincrasia depravada. «¿El mestizo es braquicéfalo o dolicocefalo?»<sup>76</sup>. Es una criatura degenerada y enfermiza, «por la debilidad congénita de su constitución»<sup>77</sup>. El pasado es una losa, porque dejó una población miserable, con unas venas atiborradas de sangre mezclada. Escapar del fatalismo racial no es tarea sencilla.

Aquel repugnante hibridismo étnico fue la tónica general en el periodo «colonial», y ahora se siguen pagando las consecuencias de aquel inmundo proceso. Considerando las cosas de un modo «científico», asevera Ayarragaray, debe concluirse que ese mestizo –surgido de las promiscuas uniones de indios, negros, blancos, mulatos y zambos– es enteramente incapaz de incorporarse a una vida social superior; ese híbrido malogrado no sirve para la vida civilizada<sup>78</sup>. En esa criatura solo anidan malas pasiones, y su capacidad intelectual es muy

68 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 255-256, p. 266 y pp. 335-339.

69 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 58.

70 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 275-276.

71 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 276.

72 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 277.

73 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 278.

74 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 278.

75 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 281.

76 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 282.

77 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 283.

78 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 287-288.

limitada; carece de consistencia moral y es más proclive a contraer enfermedades físicas y mentales<sup>79</sup>.

No obstante, este asunto no afecta únicamente a la Argentina, toda vez que otras «repúblicas hispanoamericanas» presentan esa misma situación de incapacidad política ocasionada por la deficiente constitución étnica de sus poblaciones<sup>80</sup>. En un escrito posterior, titulado *La constitución étnica argentina* (1910), Ayarragaray abundó en estas exquisiteces; y lo hizo, si cabe, con mayor crudeza<sup>81</sup>.

Y la anglofilia tenía que aparecer, en un estudio elaborado desde semejantes coordenadas hispanóforas y racistas. Ayarragaray recuerda que los anglosajones rehusaron unirse con los pueblos vencidos, cuando completaron sus conquistas. Sabiamente, no mezclaron su sangre con esas razas inferiores. En el mundo anglosajón no existen los mestizos. ¡Dichosos ellos! Los Estados Unidos del Norte de América –la gran democracia anglosajona– han alcanzado unos impresionantes niveles de prosperidad económica; y son envidiables sus instituciones y su moralidad. Pero todo ello es consecuencia de la «ausencia de hibridismo». Conservaron puro el elemento civilizatorio inglés, sin bastardearlo con infames mezclas sanguíneas<sup>82</sup>. Bien podría colegirse, a partir de todo lo dicho, que a Ayarragaray le parecía maravilloso el exterminio de los nativos norteamericanos, y también debía parecerle cosa muy loable la esclavitud y segregación de los negros; porque ambas realidades formaron parte del nacimiento y de la consolidación de la república yanqui.

## Referencias

- Alberdi, Juan Bautista. *Acción de la Europa en América*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1845.
- \_\_\_\_\_. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915.
- Altamira, Rafael. *La huella de España en América*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2008.
- Álvarez, Agustín. *Manual de patología política*. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser, 1899.
- Ardao, Arturo. *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.

79 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 293.

80 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo...*, 297.

81 Lucas Ayarragaray, *La constitución étnica argentina y sus problemas* (Buenos Aires: Imprenta Nacional de J. Lajouane & Cía., 1910).

82 Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo*, 288.

- Arnoldsson, Sverker. *Los orígenes de la Leyenda Negra española*. Sevilla: El Paseo Editorial, 2020.
- Ayarragaray, Lucas. *La anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes nacionales*. Buenos Aires: Félix Lajouane y Cía. Editores, 1904.
- \_\_\_\_\_. *La constitución étnica argentina y sus problemas*. Buenos Aires: Imprenta Nacional de J. Lajouane & Cía., 1910.
- \_\_\_\_\_. *La Iglesia en América y la dominación española*. Buenos Aires: J. Lajouane & Cía., Editores Librería Nacional, 1920.
- Bilbao, Francisco. *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*. París: Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann, 1856.
- \_\_\_\_\_. *El evangelio americano*. Buenos Aires: Imprenta de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, 1864.
- \_\_\_\_\_. «Los araucanos». En *Obras completas*, tomo I, 305-350. Buenos Aires: Imprenta de Buenos Aires, 1866.
- Bunge, Carlos Octavio. *Nuestra América. Ensayo de psicología social*. Buenos Aires: Casa Vacaro, 1918.
- Carbia, Rómulo D. *Historia de la leyenda negra hispano-americana*. Madrid: Marcial Pons, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Hispanoamericanos, 2004.
- Echeverría, Esteban. *Dogma socialista de la Asociación Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*. Montevideo: Imprenta del Nacional, 1846.
- España, Romina Abigail. «En búsqueda de la utopía nacional. Representaciones de Estados Unidos en los libros de viajes de Domingo Faustino Sarmiento y Justo Sierra O'Reilly», *Historia Mexicana* 72, n.º 4, (2023): 1817-1856. <https://doi.org/10.24201/hm.v72i4.4625>.
- Fuentes Mares, José. *México en la hispanidad. Ensayo polémico sobre mi pueblo*. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1949.
- Grondona, Ana. «Cuestión racial y sociología argentina: Sarmiento, Ayarragaray, Bunge e Ingenieros frente a Germani. Aportes en clave genealógica de cara al sur». *De prácticas y discursos. Cuadernos de ciencias sociales* 8, n.º 12 (2019): 3-32.
- Hilton, Ronald. *La Leyenda Negra y la Ilustración. Hispanofobia e hispanofilia en el siglo XVIII*. Sevilla: El Paseo, 2019.

- Ibáñez, Alberto G. *La leyenda negra. Historia del odio a España. El relato hispanófilo externo e interno*. Córdoba: Almuzara, 2023.
- Ingenieros, José. «La formación de una raza argentina». En *Sociología argentina*, 427-460. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., 1918.
- \_\_\_\_\_. «Las razas inferiores». En *Crónicas de viaje*, 161-172. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía., 1919.
- \_\_\_\_\_. *La evolución de las ideas argentinas*, vol II. Buenos Aires: Editorial Futuro, 1961.
- Juderías, Julián. *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*. Madrid: Editora Nacional, 1974.
- Lastarria, José Victorino. «La América (fragmentos)», en *Cuadernos de cultura latinoamericana*, n.º 66. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- Maltby, William S. *La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Payne, Stanley G. *En defensa de España. Desmontando mitos y leyendas negras*. Barcelona: Espasa, 2017.
- Pereyra, Carlos. *La obra de España en América*. Madrid: Aguilar, 1930.
- Polo, Jorge. «La mala sangre tiene la culpa de todo. Hispanofobia y racismo en algunas destacadas figuras de la historia intelectual de México, El Salvador, Nicaragua, Cuba y Colombia». *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, N.º 82, (2025): 159-192.
- Powell, Philip W. *Árbol de odio. La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el Mundo Hispánico*. Madrid: Iris de Paz, 1991.
- Reyles, Carlos. *La raza de Caín*. Montevideo: Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, 1900.
- \_\_\_\_\_. *La muerte del cisne*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorff, 1914.
- Roca, María Elvira. *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. Madrid: Siruela, 2017.
- Rodó, José Enrique. *El mirador de Próspero*. Montevideo: José María Serrano Editor, 1913.
- \_\_\_\_\_. *Ariel*. Madrid: Alba, 1985.
- Sanhueza, Marcelo. «El viaje a París de Domingo Faustino Sarmiento y Benjamín Vicuña Mackenna: modernidad y experiencia urbana de dos flâneurs hispanoamericanos». *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* 1, n.º 28 (2013): 203-229.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonías de las razas en América*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915.

\_\_\_\_\_. *Facundo. Civilización y barbarie*. Madrid: Editora Nacional, 1975.

Torres, Joan. «Latinos y anglosajones, una polémica de fin de siglo en *La raza de Caín* de Carlos Reyles». *Siglo Diecinueve. Literatura Hispánica*, n.º 23 (2017): 79-92.

Vélez, Iván. *Sobre la leyenda negra*. Madrid: Encuentro, 2014.

Vicuña, Benjamín. *Páginas de mi diario durante tres años de viajes, 1853-1854-1855*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril, 1856.

\_\_\_\_\_. *Bases del informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera por la comisión especial nombrada con ese objeto*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1865.

\_\_\_\_\_. *Obras completas de Vicuña Mackenna. Volumen XII. Discursos parlamentarios I. Cámara de Diputados*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1939.

Zea, Leopoldo. *América en la historia*. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1970.